

veces en todas las catástrofes de la sociedad humana, siempre con la pesada argolla en la mano, y la larga terrible cadena á las plantas. Ahora que nuestra redencion comienza, porque hemos pensado y hemos combatido, sobre todo, porque hemos trabajado, no consientas á las asechanzas de una maga, á los encantamientos y sortilegios de una hechicera el detener, allá en los cielos, el espíritu creador, próximo á desprenderse como misteriosa esencia, sobre nuestro sér, que yace digno ya por sus largos tormentos y martirios de la divina visita de la libertad.

## XIV.

ANTONIO.

Escribe.

PROBO.

Por Hércules.

ANTONIO.

Escribe, repito.

PROBO.

Meditalo bien ántes.

ANTONIO.

Ó escribes, ó te cojo y te parto en dos pedazos, y los entrego á mis dos tigres.



PROBO.

Estás fuera de ti.

ANTONIO.

Porque me perfume y me visto de seda creéis que soy una mujer, que no he vencido á los galos, que no he dominado á Bruto y Casio, que me voy pareciendo á Octavio. Pues cuando mis puños se crespan y mis ojos se encienden, y flama mi espada en las callosas manos, todavía tiemblan los reyes de los parthos en su trono, los leones del Africa en su desierto.

PROBO.

Así te quiero ver, irritado, feroz, como en los días felices del mando soberano de tus legiones, de las batallas innumerables en los campos y en los mares, de las sangrientas victorias. En estos momentos creo á Roma digna de tí; te creo á tí digno de Roma. Nuestra ciudad no ha debido á la fortuna sus triunfos, sino al valor. Y tú eres el más valeroso de los romanos, créelo. Pero óyeme. El que ha merecido los honores del triunfo

en el Capitolio como un dios, no debe poner su cabeza bajo los piés de cualquier hembra como un perro. Huye de Cleopatra que afemina tu genio y malogra tus victorias.

ANTONIO.

No seas inocente. Tú crees que Cleopatra me domina á mí, cuando yo domino á Cleopatra. Finjo anhelar su amor, y lo que anheló es su imperio. Con los hombres se lucha á golpes, con las mujeres á besos. En Cleopatra no abrazo tanto á una amante hechicera como á una aliada poderosa. Nuestra ciudad siempre ha tenido un amigo dentro de los pueblos por conquistar, á fin de que le abriera las puertas. Es antigua costumbre romana, es tradición de nuestros padres. Por Cápua entramos entre los samnitas; por los camertinos en Etruria. Sagunto nos llevó al seno de España; Masinisa al seno de Africa. Sin los etolios jamás fuera nuestra Grecia, y sin los marseleses las Galias. Pues bien; al abrazar á Cleopatra en tierra de Egipto, en este istmo africano que une el Oriente con el Occidente, lo que yo abrazo no es ese breve cuerpo de mujer, sino el cuerpo gigantesco del Asia.



PROBO.

Cómo te engañas á ti mismo.

ANTONIO.

No me véjes.

PROBO.

Léjos de ser el conquistador, eres el conquistado; léjos de ser el dueño, eres el esclavo. Cleopatra no es tu aliada. Cleopatra es tu reina.

ANTONIO.

Vuelvo á advertirtelo, y no me conozco á mí mismo de sufrido y paciente. A una nueva injuria te mato. Escribe.

PROBO.

Escribo.

ANTONIO (*dictando*).

He sabido, Octavio, tu proceder, y apenas me

atrevo á creerlo. Si el divino César descendiera á la tierra confundiría con una de aquellas miradas más abrasadoras que el rayo de Júpiter á su infiel ahijado, á su indigno sucesor. Acabas de cometer, sin consultarme, dos gravísimas faltas, una política y otra militar. La falta política consiste en haber despojado á Sexto Pompeyo de su gobierno de Sicilia. La falta militar en haberle despojado con naves mías sin darme parte alguna en el despojo. Siempre fué temible el nombre de Pompeyo que recuerda la antigua República, que personifica sacras leyes y venerandas instituciones, caras á los romanos sobre todo, desde que el leon, César, ha sido reemplazado por la zorra, por tí, Octavio. La injusticia cometida con Sexto Pompeyo acrecentará el poder de ese nombre y las dificultades de nuestro gobierno en todo el mundo romano. Luego has desposeido á Lépido, nuestro compañero, de su autoridad, y al desposeerle, te has quedado con sus dominios y con sus legiones, sin acordarte de que está aquí Antonio, sufrido por amor al antiguo César, pero incapaz de soportar más tiempo estas ofensas. Las tierras de Italia, que dimos á mis veteranos, al cabo del dictador veteranos también, las ha arrebatado á su posesion y á su cultivo tu avaricia. Todos los



días me llegan quejas de esta injusticia con ellos; ofensa á mi, olvido de César. Les he dicho que reclamaré de palabra, y si no me oyeras requiriría la espada. Ya puedes reparar esa falta ó apertiberte á soportar el peso de mi ira. Te he visto temblar, como la hoja de los árboles, al acercarse una tempestad, y meterte bajo una cama al sonar el trueno; ¿dónde te meterás el día que lance contra tí el trueno de mi voz, el rayo de mis ojos? Enmienda tus faltas, deshaz mis agravios, y no tendrás en tu compañero un enemigo, que puede romperte como una débil caña entre sus puños.

PROBO.

¡Antonio!

ANTONIO.

¿Por qué me interrumpes?

PROBO.

Para decirte que esta carta es la guerra con Octavio.

ANTONIO.

¿Y qué me importa á mi?

PROBO.

¿Nada te importa semejante catástrofe?

ANTONIO.

Nada.

PROBO.

¿Has pensado lo que puede sobrevenir?

ANTONIO.

No pienso lo que puede sobrevenir; resuelvo lo que debo hacer.

PROBO.

Si eres vencedor.....

ANTONIO.

¿Qué?

PROBO.

Se pierde Roma.



ANTONIO.

No, no, no.

PROBO.

Si eres vencido te pierdes tú.

ANTONIO.

¿Yo? Tengo el génio de César en mi génio, y mi espada es todavía la espada de Antonio.

PROBO.

Apiádate de Roma. No la entregues á nuevas guerras. Harto perdimos con perder el antiguo valor y la antigua virtud. A un nuevo sacudimiento de la tierra, se pueden derrumbar las piedras del Capitolio.

ANTONIO.

No me importunes.

PROBO.

Perdimos la libertad. ¿Perderemos tambien la pátria? Se desvaneció el Senado de nuestros patricios. ¿Se desvanecerá tambien el Senado de nuestros dioses? Cayó la República en Farsalia y

en Filipos. ¿Caerá la unidad en cualquier rincon de Asia ó de Grecia, en cualquier espacio del mar que habíamos engarzado á sus sandalias? Antonio, por la memoria de César, por tu nombre, por los dioses, por la ciudad, apiádate de tí mismo, y habrás salvado los manes de tus padres, la honra de tus hijos.

ANTONIO.

¡Oh?

PROBO.

En tí, Antonio, hay dos naturalezas; de héroe, de semi-dios, y de mujer perdida, de inmunda prostituta. Ya veo centellear tus ojos de ira y asomar á tus lábios la hiel de amarga cólera; pero el que en la última retirada ante los parthos, cuando te enlutabas para mover la piedad de tus soldados y pedias al cielo el esfuerzo de Jenofonte, el que entonces se envenenó con yerbas homicidas, único alimento en el hambre devoradora; único lenitivo á la sed calenturienta, y encontrando por todo supremo remedio y antídoto supremo, escasísimo sorbo de vino, te lo cedió



á tí, general, y en aquella copa, y en aquellas heces te cedió la vida, bien puede hablarte con la libertad necesaria, no á él, deseoso de morir por no ver tanta afrenta, sino á la eterna madre de todos, á la diosa Roma. Recuerda cuando Hércules te prestara su fuerza, Marte su gloria, y devorabas como los héroes de Homero, gran pedazo de carne, apenas asada, lavándote en las claras fuentes, vistiéndote de burda lana, sin curarte de otra cosa que de llevar siempre al cinto, en defensa de nuestras leyes, cortante y larga espada. Entonces tenias entre tus despojos gentes como Aristóbulo. Entonces, ni las abrasadas arenas del desierto de Egipto, ni el blando lodo de las lagunas serbónidas detenian tus triunfales correrías. Pasabas junto al sumidero de Thifon y sus remolinos, sin necesidad de pronunciar ninguna palabra mágica, fiado en el poder de tu génio, y subias por las escalas de Pelusa entre el polvo de las brechas y el humo de los incendios, sereno y majestuoso como Júpiter entre sus nublados. Yo te he visto ir de Brindis á Macedonia, desafiando las tempestades del aire y las tormentas del mar, entre bandadas de naves enemigas, alegre, tranquilo, como si en una mano tuvieras el tridente de Neptuno y en otra mano los odres de Eolo.

Tu gloria fué tan grande que mereciste de César mandar el ala izquierda en la batalla de Farsalia, y tu poder y tu fortuna tan envidiables, que al tornar el dictador de su última guerra en España, te llevó á su lado en el carro de triunfo. Hasta la elocuencia te habia concedido la fortuna, pues jamás se me olvidará cuando lograste del pueblo, ofendido por tus larguezas con los veteranos, que tomara los tizones de la hoguera donde ardía el cuerpo de César asesinado, y fuese á incendiar los hogares de los estóicos tribunos, última esperanza de la República. En aquellos dias la severa Calpurnia depositaba en tus manos toda la fortuna legada por su divino esposo, que consistia en cuatro mil talentos. Por aquellos dias, fugitivo de Módena, alimentado con raices, bebiendo los orines de tus caballos, te granjeaste un ejército cautivado por tu heroismo y por tu fuerza. Casio jamás fuera vencido sino por Antonio; y tus tenientes consiguieron sobre los parthos victorias, jamás conseguidas por los primeros soldados romanos. Así tienes en tus manos hoy el antiguo imperio de Alejandro, y si luchas y vences, los soldados te seguirán como á su Emperador, y los pueblos te adorarán como á su Dios.



ANTONIO.

¡Probo! ¡Probo! Amigo mio.

PROBO.

Sí, tu amigo, y por lo mismo tu juez. Has visto al héroe y ahora verás á la prostituta. Semejas á esos ídolos egipcios que tienen medio cuerpo de hombre, otro medio de zorro, adorados como génios pródigos en nuestros dias, y en nuestros dias maldecidos como génios de la destruccion y del mal. Hablas sin medida, ries sin tasa, entras á emborracharte como cualquier soldado en las cantinas, y te pones de gordo y fatigoso como un cerdo en los ranchos. No te contentas con dejarte llevar, cual inexperto mancebo, de todo el torrente de tus pasiones, sino que sirves, cual vergonzoso alcahuete, las pasiones de los demás. Recompensas largamente á los ejércitos, pero con el dinero estafado á los pueblos. Aun recuerdo el dia en que diste á cierto favorito un millon de sextercios, y como el intendente quisiera mostrarte tu largueza, lo puso en monedas ante tu vista, y comprendiendo el juego, contestaste: «poco es, darle dos millones.»

No quiero hablarte de cómo repartes las hojas de tu corona y los despojos de tus victorias entre las cortesanas. El mundo te odia, porque te vé dias enteros á la mesa, enteras noches por las mancebias, durmiéndote en la presidencia de los tribunales, y luego no dejando á nadie dormir con tus calaveradas nocturnas y con tus correrias indecentes, tras larga asistencia á las chocarrerías fiestas de cómicos y bufones. ¡Cuántas veces, en el Senado de nuestros patricios, en los comicios de nuestro pueblo, apareciste tambaleándote, y vomitaste en público las indigestiones de tus orgías! ¡Cuántas veces lanzaste la litera de una comedianta entre la litera de tu esposa y la litera de tu madre! Para que nada te falte, eres vil como un cortesano, y pusiste la corona de oro sobre la estátua de César, atrayendo á su corazon el puñal de Bruto, y arrancáste la lengua de Marco Tulio, para que se acabara la elocuencia romana, y solo se oyeran desde entonces en la tierra las carcajadas y los eruptos de tus soldados. Creíste que la herencia de César seria un peso harto abrumador para los hombros de Octavio, y ahora se desprende en pedazos y fragmentos de tus hombros, mientras él la recoge y la guarda para sí. Habitaste la casa de Pompeyo



profanándola con tus vicios, convirtiendo en lupanar lo que fuera templo. No te pareció bastante matar á los republicanos y robar á sus viudas y á sus huérfanos, sino que entraste á saco en la casa de los más pacíficos padres de familia, quedándote con sus bienes para repartirlos en pago de algunos besos y algunas lisonjas. Los generales, los cónsules, los embajadores mismos, no logran verte; pero en cambio te ven á todas horas los perdidos, los jugadores y las prostitutas. A un lado llevas á Anaxenor porque tañe la cítara, y á otro lado llevas á Xutho porque tañe la lira, y detrás al danzarin Metrodoro porque agita á compás brazos y piernas, y alrededor, en grandísimo tropel, muchachas disfrazadas de bacantes, muchachos disfrazados de sátiros, bosques movibles de yedra, millares de tírsos, tropeles de músicos tocando caramillos, flautas, zampoñas, y consientes que las muchedumbres al pasar, te llamen como á César, el divino, sí, pero el divino Baco. Y por lo bajo todavía añaden más, todavía te llaman Baco agrion, es decir, Baco salvaje. Eres pródigo en la recompensa y en el castigo, más en la recompensa que en el castigo ciertamente, pero tus mayores recompensas recaen siempre sobre los que ménos las mere-

cen. Oyes los vejámenes de la crítica, á veces con la paciencia de ahora, mas es porque acostumbrabas á echarlo á broma. Pero ¿quién no se ríe al saber que solo para cenar tú y once amigos, se așan diariamente ocho jabalies por cocineros, más numerosos ya que los ejércitos? Y no te acuerdas cuando te vistes las rozagantes túnicas babilónicas, cuando te calzas las pantúffas orientales, cuando te ciñes las tiaras medas, cuando llevas por todo cetro la verga gimnasiaca, de que, en realidad, no depones ante los bárbaros las insignias de tu propia dignidad, sino las insignias de la dignidad de Roma? Y á una querida le regalas fragmentos de nuestro imperio, Fenicia, donde se tiñe la púrpura, Chipre, donde nació Venus, la Arabia nabatea, que toca ya en los mares externos, la provincia judía que produce los más aromáticos bálsamos y los más embriagadores perfumes. Dime, pues, si los corazones integros, si las conciencias puras, no tienen derecho á levantarse de este monton de inmundicias, al recuerdo de aquellos tiempos en que nuestros padres iban á elegir sus magistrados votando con habas por ellos mismos plantadas y por ellos mismos recogidas, para marchar despues al combate en obediencia á la pátria, y volver á empu-



ñar en sus manos el arado de Cincinato. Entonces se llamaban nuestras mujeres la madre de los Gracos ó la madre de Coriolano. Entonces habia tribuna en los Rostros, comicios en el Foro, Senado en el templo de la Concordia, castidad en la esposa, paz en los hogares, libertad en Roma. Ahora somos una turba de cortesanos, rendidos de hastío, puestos de hinojos, condenados á ver cómo soberbios triunviro, que ni siquiera parecen hombres, arrojan las naciones, cual si fueran dados, sobre un tablero de juego. Llegará, Antonio, la hora de tu muerte, y al convertir los ojos á lo pasado, verás como Orestes, en torno tuyo, las Euménides roncando de furor, y reconviniéndote con la voz de sus atroces remordimientos por haber asesinado á Roma, á tu diosa, á tu madre.

ANTONIO (*frotándose los ojos*).

¿Sueño? ¿Es realidad ó delirio cuanto me sucede? ¿Soy yo quien oye todas estas injurias, y las tolera? Antonio era un tigre, y se ha vuelto un perro paciente y desdentado.

PROBO.

Antonio, este amigo, este hermano, que te ha

dicho la verdad, te incita á la guerra, á fin de que no seas vencido por tus rivales.

ANTONIO.

¿La guerra? ¿A dónde? ¿Con quién?

PROBO.

La guerra con los parthos.

ANTONIO.

¿Ahora?

PROBO.

Ahora mismo, ántes de perderte por completo en brazos de Cleopatra y de entregarte á la lucha con Octavio.

ANTONIO.

¿Crees que se atreverá Octavio á desafiar á Antonio?

PROBO.

¿Te acuerdas cuando tus gallos reñían con sus gallos?



ANTONIO.

Si.

PROBO.

Y no habrás olvidado que siempre los gallos de Octavio vencian á los gallos de Antonio; no habrás olvidado eso.

ANTONIO.

No lo he olvidado.

PROBO.

¿Te acuerdas de aquel adivino egipcio que encontramos en una encrucijada por las rutas de Armenia?

ANTONIO.

Es verdad; y me dijo que reñiríamos Octavio y yo; que en estas riñas ganaria siempre Octavio.

PROBO.

Pues tienes un medio de deslumbrar á tus enemigos y de vencerlos.

ANTONIO.

¿Cuál?

PROBO.

La guerra.

ANTONIO.

Es verdad, es verdad.

PROBO.

Levántate. Empuña tu espada.

ANTONIO.

Si, dadme el casco, ceñidme la espada, haced venir mis legiones; plantaremos las águilas romanas, como sobre su nido, allá en el centro de Asia.

CLEOPATRA (*entrando*).

Antonio, Antonio mio, vamos á las alegres fiestas.



ANTONIO.

¡Oh! me fascinas y me deslumbras. Dejémosnos, Probo, de combatir. La vida es corta. Quiero gozar. Vámonos, Cleopatra.

PROBO (*acariciando un puñal*).

Me lo regalaste en Filipos. Lo guardo para tí, para tu manceba y para mí. Enemigo de Roma, amigo de Cleopatra, puesto que en ello te empeñas, irá tu carta al astuto Octavio, y el astuto Octavio te dará en cambio la muerte.

XV.

ANTONIO (*tendido en el lecho de púrpura*).

Danza en baile seductor como jamás vi bailar en los festines de Roma. Sus brazos se levantan como dos heridas serpientes. Los crótalos béticos resuenan deliciosamente en los huecos de sus palmas, heridos por los dedos de rosa. La cabeza se cae hácia atrás como una flor marchita, y la cascada de sus negros cabellos roza en los talones. Ya se mece como la palma agitada por las brisas del mar, ya se pierde en vertiginosa carrera formando innumerables círculos. El aire que agita con su traje, el aroma que exhala de su cuerpo, la luz y el calor que irradia de sus ojos, perdidos en sublime arrobamiento, encienden, enardecen mi sangre en voraces amores, en inextinguibles deseos.